Una niña llamada Ana

José Fernando Álvarez

Incluye ficha metodológica para el docente

Programa Érase una vez...
Obras de Interés Cultural y Educativo

José Fernando Álvarez

UNA NIÑA LLAMADA ANA

808.82
A445n Álvarez Mejía, José Fernando
Una niña llamada Ana / José Fernando Álvarez Mejía y Katia Grosser Guillén, Directora de la Colección – Primera edición – San José, C.R. Autor, 2018.

108 páginas : 17 cm x 27 cm (Colección Programa Érase una vez... Obras de Interés Cultural y Educativo)

Nota: Educación básica y media

ISBN 978-9968-49-266-9

1. Literatura costarricense. 2. Teatro. 3. Taller de teatro. 4. Género literario. I. Título

Programa Érase una vez
Diagramación y diseño: Luis Diego Parra Vargas, Dirección de Vida Estudiantil, MEP
Fotografías: Ana Mariela Rodríguez, Teatro Nacional de Costa Rica.
Edición: Lilliam Corrales Torres y Roxana Lobo García.

Ministerio de Educación Pública, MEP
Quedan reservados todos los derechos sobre la presente edición.
Se prohibe su reproducción sin permiso previo.

Ejemplar gratuito, prohibida su comercialización.

Agradecemos a

Momentos BAC CREDOMATIC

por su apoyo como patrocinador exclusivo
en la realización de esta puesta en escena.

ÍNDICE

Introducción 4
El contexto histórico 5
Sobre la obra 7
Sobre el autor 8
Acerca de la directora 9
La puesta en escena 10
Del diario de Ana Frank a Una niña llamada Ana 11
Mediación pedagógica sugerida 12

Dedicatoria 15
Ficha técnica 17
La obra 19

Introducción

El hecho teatral es, en esencia, un acontecimiento de convivencia artística entre los actores y el público. En consecuencia, un texto dramático no debe ser un fin en sí mismo, sino un estímulo a la imaginación para disfrutar plenamente del espectáculo.

Con la intención de que la población estudiantil disfrute la estética, se ha hecho un abordaje que integra la literatura, el contexto cultural e histórico, los valores y el espectáculo como tal.

El análisis de Ana Frank, como personaje histórico, permite que el respeto, la paz y los Derechos Humanos se vuelvan temas cercanos al alumnado, al ser su protagonista una niña, pues es a través de un relato personalizado que se logra la empatía con el ser humano detrás de la narración.

Por lo anterior, en temas de magnitud tan amplia como lo son las guerras y los constantes procesos de discriminación de la sociedad actual, resulta imprescindible la sensibilización, vivencia y promoción de los valores y los Derechos Humanos.

Contexto histórico

Otto Frank y Edith Holländer, los padres de Ana Frank, fueron miembros de familias judías que llevaban varios siglos residiendo en Alemania. La familia de Otto vivía en Fráncfort del Meno, mientras que la de Edith procedía de Aquisgrán, cerca de la frontera holandesa.

El 12 de mayo de 1925, Otto Frank y Edith Holländer contrajeron matrimonio en Aquisgrán. Después de su luna de miel en Italia, la pareja se estableció en la casa de la madre de Otto, donde nació Margot Betti en 1926; la primera de sus hijas.

Un año después se mudaron a Marbachweg 307, una casona situada en un barrio tranquilo de las afueras. En el vecindario vivían no solo familias judías, sino también católicas y protestantes.

El 12 de junio de 1929 nació la segunda de las hijas de la familia Frank, llamada oficialmente Annelies Marie, mejor conocida como Ana.

Hasta el año de 1933 llevaron una vida normal, asistiendo a la escuela, la sinagoga... Ana tenía cuatro años cuando sus padres decidieron emigrar a Holanda porque Alemania se volvía cada vez más peligrosa para los judíos, pues Hitler la transformó en una dictadura a partir de 1933, cuando fue nombrado Canciller.

El régimen nazi persiguió a sus oponentes políticos. Los judíos fueron víctimas de medidas discriminatorias y de la violencia. Muchos huyeron desesperados del país. Por ello, Otto y Edith Frank, a principios de marzo de 1933, tomaron la decisión de abandonar Alemania gracias a la intervención del cuñado de Otto, Erich Elias, quien le ofreció la oportunidad de fundar una empresa en Holanda.

En febrero de 1934, toda la familia Frank emigró a Ámsterdam. Estaban confiados de que el nazismo no iba a llegar a Holanda. Por esto, Otto Frank comenzó a

construir su empresa vendiendo un gelificante para la elaboración de mermeladas. Los Frank se instalaron en una vivienda situada en la plaza Merwedeplein, en un barrio nuevo de Ámsterdam. En el mismo vecindario se establecieron más y más refugiados provenientes de Alemania, por lo que Otto y Edith Frank entraron en contacto con otros refugiados alemanes.

En 1934, Ana comenzó a asistir a un jardín de infantes Montessori. Cuando el ejército alemán invadió Holanda en mayo de 1940, Ana tenía 10 años. Al principio, ella no notó mucha influencia de la guerra en la escuela, aunque fuera de ella sí. Los nazis discriminaban a los judíos. Había cada vez más actividades y lugares prohibidos para ellos, como los cines, los parques, los clubes deportivos y la playa.

El mayor cambio se produce cuando Ana tiene que pasarse al Liceo Judío después de las vacaciones de verano de 1941. Cuando los nazis ocuparon Holanda, los niños judíos tuvieron que ir a colegios exclusivamente para ellos. Ana debió dejar su escuela Montessori y junto con Margot ir al Liceo Judío durante un año. Fueron 130 niños judíos los que debieron abandonar la escuela junto con Ana. Poco después de su primer boletín de fin de curso, debe esconderse de manera definitiva con su familia. Ana tiene, en ese momento, 12 años de edad. Se despide llorando de la señora Kuperus, directora de la escuela. En ese momento, la ciudad estaba ya plagada de carteles que indicaban: "Prohibido para judíos".

Bajo todas esas medidas, a los judíos ya no les estaba permitido poseer una empresa propia; por eso, Otto Frank nombró como director de la suya a Johannes Kleiman, aunque Otto siguió colaborando en forma oculta. La empresa también cambió de nombre, y pasó a llamarse "Gies & Co.", en alusión a Jan Gies, el marido de Miep; otra de las colaboradoras de los Frank durante su estadía en el escondite. Es, a partir de este momento, cuando la familia Frank debe establecerse de manera definitiva en la "casa de atrás", su escondite durante los próximos dos años.

Sobre la obra

Ana Frank, como personaje histórico, es la protagonista de esta obra teatral en la que, junto a su familia y otro grupo de judíos, se someten voluntariamente a la clandestinidad para tratar de escapar del horror antisemita durante la Segunda Guerra Mundial. Ocultos en una pequeña casa invisible en el centro de Ámsterdam, Holanda, durante un poco más de dos años y ayudados por un pequeño grupo de amigos que los proveían de las cosas más necesarias para su subsistencia, la obra nos va llevando a través de las luchas cotidianas e internas de los ocho personajes que conviven bajo la presión y la amenaza de la muerte. Buscaban desesperadamente salvarse de la persecución y el exterminio de millones de judíos en los campos de concentración, su meta era permanecer ocultos a la espera de que la guerra acabara pronto para recuperar su ansiada libertad; pero las cosas no terminaron para ellos de la manera esperada.

En este contexto, sobresale el personaje de una niña llamada Ana, como la narradora de esta cotidianidad. Ella tiene la capacidad de describir la barbarie del mundo exterior, pero también la riqueza y fortaleza de su mundo interior lleno de las contradicciones propias de la adolescencia. Su agudeza intelectual le permite ver en ella misma a dos Anas que se confrontan permanentemente durante su proceso de maduración como mujer, al mismo tiempo que afuera, la guerra avanza implacable hasta terminar alcanzándolos con toda su crueldad.

Gladys Alzate
Directora

Sobre el autor

José Fernando Álvarez nace en Medellín, Colombia, en 1963 y radica de manera permanente en Costa Rica desde 1994. Es fundador y codirector del Teatro Contraluz, agrupación de carácter independiente creada en 1995. Ha escrito y musicalizado más de veinte obras teatrales de su autoría, como, Caminito del mar, obra ganadora del Premio Carmen Lyra en 1998 y texto de lectura sugerida para estudiantes de primaria según el Ministerio de Educación Pública. Otras obras como: Yo soy pinocho, Círculo vicioso y Mirando al norte, son algunas de sus más recientes creaciones. También ha escrito obras teatrales por encargo para diversas empresas y entidades de carácter comercial y cultural a nivel nacional e internacional. Además de dramaturgo es actor, músico, titiritero y ha actuado en diversos espectáculos tanto en su país natal como en Costa Rica.

Acerca de la directora

Gladys Alzate es directora teatral, actriz de teatro, cine y televisión, gestora cultural de amplia trayectoria. Licenciada en Lingüística y Literatura de la Facultad de Educación de la Universidad de Medellín, Colombia. Maestra en Arte Dramático de la Escuela de Teatro de la Universidad de Antioquia, Colombia. Máster en Artes, con énfasis en Arte Dramático, de la Universidad de Costa Rica. En el año 1993 emigra a Costa Rica y en el año 1995 funda el Grupo de Teatro Contraluz con el cual ha realizado una labor ininterrumpida de dirección, actuación y producción de espectáculos tanto para niños como para adultos. Ganadora en el año 2012 del premio Áncora de teatro del periódico La Nación con la Compañía Nacional de Teatro. Ha dirigido y producido montajes teatrales para diversas instituciones públicas y privadas. Las más recientes producciones en las que ha participado como actriz de cine y televisión son: las películas costarricenses Dos Aguas (2015) y Apego (2017), Isabel en el Cuarto Rojo (2018), Río Sucio (2018) y la serie televisiva costarricense La Urba (2016). Ha desarrollado una amplia labor docente como profesora de Literatura y Teatro. A partir de 1996 y hasta el 2004 trabaja en el programa de Bachillerato Internacional del Colegio Lincoln como coordinadora del departamento de español y literatura de secundaria. Catedrática de actuación y puesta en escena de la Escuela de Arte Escénico de la Universidad Nacional de Costa Rica. Presidenta de la Asociación de Producciones Artísticas para Niños y Jóvenes Educarte. Dirige e implementa desde el año 2000 con El Grupo de Teatro Contraluz el proyecto de responsabilidad social de la empresa Dos Pinos de educación en nutrición para niños y niñas a nivel nacional Misión Diversión. Directora General y Artística de la Compañía Nacional de Teatro de Costa Rica entre el año 2010-2014. Ha representado a Costa Rica en festivales, congresos y muestra internacionales de teatro en países de América y Europa.

La puesta en escena

La historia de Ana Frank es de una vigencia indiscutible. El derecho a la vida es un derecho inalienable, no solo para los seres humanos, sino para cualquier criatura que habita nuestro planeta. Por encima de nuestras diferencias aparentes, de nuestras elecciones espirituales o de nuestras herencias culturales, todos merecemos vivir con dignidad. Ana se ha convertido en un símbolo de paz, porque nos estremece con el relato de sus grandes esperanzas, de sus sueños frustrados en medio de una guerra abominable. Nos hace recordar el sinsentido del pensamiento retrógrado y discriminatorio que le dio lugar a una de las grandes catástrofes de la humanidad, pero que todavía estamos muy lejos de superar. No podemos ver estos hechos pasados como acontecimientos distantes que nada tienen que ver con el presente. Seguimos promoviendo una violencia social que ignora el sufrimiento de miles de personas, y sobre todo de miles de niños y jóvenes que ven sus esperanzas de vida truncadas al inicio del camino. Es un gran regalo de la vida tener la oportunidad de llevar a escena esta obra, porque más que el legado de una historia de vida, se constituye en una luz de esperanza que ilumina nuestro camino en el presente, para entender que bajo ninguna circunstancia debemos repetir una situación similar de discriminación, ni religiosa, ni de ningún otro tipo.

Gladys Alzate
Directora

Del diario de Ana Frank a Una niña llamada Ana

El diario de Ana Frank son tres cuadernos (que actualmente se conservan) y que narran dos años de la vida de una joven judía oculta, junto a su familia y unos amigos, en una casa en Ámsterdam durante la Segunda Guerra Mundial. El relato, (que se desarrolla de 1942 a 1944) es tan impactante que las adaptaciones que se han hecho son numerosísimas: cómics, películas, libros ilustrados, especial para niños, para citar solo algunos.

El texto que usted tiene en sus manos es una adaptación para llevar el relato de Ana Frank como personaje histórico a las tablas. Gracias al texto dramático conocemos a Una niña llamada Ana, quien en un diálogo permanente con su otro yo, se cuestiona sobre las situaciones que debe enfrentar tanto dentro como fuera de la casa.

La adaptación dramática es de José Fernández Álvarez y la dirección general de Gladys Alzate. Lo invitamos para que disfrute tanto de la adaptación como de la puesta en escena, en donde vamos a conocer la fortaleza de una niña, una niña llamada Ana

Mediación pedagógica sugerida

Después de leer la obra y antes de ver el espectáculo

Mi diario de lectura

La lectura del diario de Ana Frank toma tiempo y en él, el lector puede tener sentimientos encontrados. Solicite a sus estudiantes que plasmen en papel o en digital esas sensaciones que les generó la lectura Una niña llamada Ana. Para ello le proponemos que escriba, junto con sus estudiantes, un diario de lectura. Tome siete días, y en cada uno de esos días, los niños y jóvenes escriban qué leyeron, qué sentimientos les generó y por qué, incluso podrían ilustrar cada día. Al final de la experiencia, el que lo desee, puede compartir sus escritos con los demás compañeros.

Si se tiene la posibilidad, el diario lo puede elaborar en formato digital o en alguna plataforma como por ejemplo www.mentalpage.com un recurso gratuito que le proporciona varias opciones.

Durante el espectáculo

Cuando visitamos el teatro siempre hay normas que seguir para que todos puedan regocijarse con el espectáculo. Repase con sus estudiantes algunas de las reglas de la etiqueta en el teatro:

- Llegar temprano.
- Mantener el celular apagado.
- No levantarse una vez empezado el espectáculo.
- No tomar fotografías ni hacer videos.

Después del espectáculo

Qué hubiera pasado si...

La puesta en escena muestra las peripecias de la familia Frank y otros allegados escondidos en la "casa de atrás". Después de dos años, los alemanes los encuentran. Pero qué hubiera pasado si...

- La guerra hubiera terminado antes.
- Los alemanes no hubieran llegado a la casa de atrás.
- La represión contra los judíos hubiera desaparecido.

Pídales a sus estudiantes que imaginen cualquiera de esas posibilidades y seleccionen una. A partir de esa opción, elaboren un cuento ilustrado que, definitivamente, hubiera cambiado la historia de la niña Ana. Esta actividad puede hacerse en parejas o grupos.

En la biblioteca u otro espacio de la institución, expongan los cuentos ilustrados. Puede organizar visitas guiadas. Durante la exposición los autores están a la par de sus producciones e invitan a otras secciones para que los mismos jóvenes expliquen su trabajo a los demás compañeros. Una experiencia inolvidable.

A Gladys Alzate, armonizadora de las tormentas.
Mi inspiradora y mejor compañía.

Agradecimiento profundo al Teatro Nacional de Costa Rica,
especialmente a Fred Herrera y Alexandro Tossati.
Al Ministerio de Educación Pública de Costa Rica,
muy especialmente a Katia Grosser y Melvin Gómez.
Al Centro Israelita Sionista de Costa Rica,
en especial a Silvana Botbol y Sara Weisleder.
Al elenco artístico y técnico del montaje de la obra Una Niña Llamada Ana.
Sin ellos no hubiera sido posible llegar hasta aquí.

José Fernando Alvarez

Ficha técnica

Elenco artístico

Ana Frank 1: Mar Jiménez
Ana Frank 2: Adriana Álvarez
Otto Frank: Luis Daell
Edith Frank: Madeleine Martínez
Margot Frank: Maureen Solís
Señora Van Pels: Tatiana Sobrado
Señor Van Pels: Marco Guillén
Peter Van Pels: Eric Calderón
Fritz Pfeffer: Reinaldo Amién
Miep Gies: Ana Clara Carranza
Jan Gies: Jonie Obando
Bep Voskuijl: Helena Baruch
Johannes Kleiman: Uri Izrael
Soldado Alemán: Daniel Marenco
Coro de mujeres: Lizzy Grynspan, Loreana Amón, Dalit Gateño.

Equipo creativo

Dramaturgia: José Fernando Álvarez
Dirección General: Gladys Alzate
Diseño y realización de escenografía: Ronald Villar
Diseño de vestuario y utilería: Dedé Coseani
Composición Musical: Giancarlo Liane
Diseño de iluminación: Jody Steiger
Dirección coreográfica: Pablo Caravaca
Diseño videoescénica: Norman Tito Fuentes
Peinados: Manuel Sancho
Diseño gráfico y fotografía: Ana Mariela Rodríguez
Asistencia de dirección: Carolina Lett
Producción General: Sofía Rodríguez

El regreso del señor Frank

Penumbra.

Algún día de junio del año 1945.

El Sr. Frank, ayudándose con una vela encendida, camina a tientas por el espacio.

Un instante después entra Miep con otra vela y un maletín escolar.

MIEP: Lo siento, Sr. Frank. Los apagones son constantes por estos días. Pero, podría ir a buscar ayuda y ver qué se puede hacer con la luz.

SR. FRANK: ¡No, no...! No se preocupe. Puedo volver mañana. *(Se lleva la mano derecha a su hombro izquierdo por un repentino dolor)*

MIEP: ¿Se siente bien...?

SR. FRANK: Sí, sí... es solo una pequeña dolencia...

MIEP: ¿Quiere que llame a un doctor?

SR. FRANK: *(Interrumpiéndola)* ¡No, no...! No hace falta. Es de esa clase de heridas que solo el tiempo puede sanar. Cosas de la guerra...

MIEP: A todos nos ha tocado una buena porción de sufrimiento.

SR. FRANK: Lo sé, y me apena mucho que algunos hayan tenido que ir a la cárcel por mi culpa.

MIEP: ¿Quién dice que fue por su culpa? Lo que hicimos, lo hicimos porque quisimos ayudarlos, eso es todo. Por cierto, antes de que se me olvide, traje esto para usted.

Abre el bolso y saca un cuaderno forrado en tela de cuadros rojos y blancos, junto con algunas hojas sueltas.

SR. FRANK: *(Muy sorprendido)* ¡El cuaderno de Ana! ¿Cómo... cómo logró salvarlo?

MIEP: Lo encontré tirado en el suelo. Lo había estado guardando con la esperanza de que Ana regresara algún día pero, ya ve...

SR. FRANK: ¡Jamás imaginé que...! *(Breve pausa)* Pero, no. Mejor consérvelo usted.

MIEP: ¡Yo! Pero, no... No debería. Es usted el que lo debe conservar.

SR. FRANK: No, Miep, no podría. Le prometí a Ana que no lo leería.

MIEP: No le estoy pidiendo que lo lea, esa es su decisión, pero sí que lo conserve. *(Pausa)* Y en todo caso, debería leerlo. Es el legado de Ana, y como tal, es a usted al que le corresponde decidir qué hacer con él.

SR. FRANK: *(Después de un breve suspiro)* Tiene razón, Miep.

Breve silencio.

MIEP: Disculpe, ya me tengo que ir.

SR. FRANK: No se preocupe por mí. Me quedaré un rato más, si no es molestia.

MIEP: ¡Oh, no, ninguna! Queda como en su... Quiero decir...

SR. FRANK: Aun es mi casa, Miep.

MIEP: Sí, claro que sí.

Miep sale. El Sr. Frank se sienta. Abre el cuaderno y comienza a leer.

SR. FRANK: Ámsterdam, Holanda. 16 de junio de 1942

Oscuridad

Camino a la clandestinidad

Ana 1, va descendiendo lentamente montada sobre un columpio de parque, aparece bajo una tenue luz que va aumentando.

ANA 1: Cuando cumplí trece años, me regalaron flores, chocolates... pero de todos los regalos que recibí, el mejor fue este. Voy a confiártelo todo, sin reservas y serás mi confidente a partir de ahora. Tengo que contarte primero quién soy: me llamo Ana, mi padre se llama Otto y mi madre Edith. Mi hermana Margot y yo nacimos en Alemania pero, como ser judío es una verdadera desgracia en estos tiempos, las cosas empezaron a ponerse difíciles para nosotros. Así que no tuvimos más remedio que venirnos a vivir a Holanda con la esperanza de que aquí las cosas marcharían mejor. ¡Pero, estábamos tan equivocados!

En un parque, viendo las nubes que pasan

Ana 2 está acostada en el prado. Su bicicleta está a un lado. Entra su mamá buscándola con preocupación.

SRA. FRANK: ¡Por fin te encuentro! ¿Qué estás haciendo ahí?

ANA 2: Ya ves, mamá... mirando las nubes. ¿Ves aquella...? ¿No se parece a un ratón...?

SRA. FRANK: ¡Por Dios, Ana te vas a ensuciar! ¿Y de quién es esta bicicleta?

ANA: Mía, mamá.

SRA. FRANK: ¿Para qué la arrastraste hasta aquí?

ANA 2: *(Levantándose)* No la arrastré, mamá. Vine montada en ella.

SR. FRANK: ¿Cómo se te ocurrió hacer semejante cosa?

ANA 2: ¿Por qué no? Nadie me vio.

SRA. FRANK: ¡Estás loca! ¡Podrían haberte arrestado! ¿Tendré que repetirte una vez más que estamos en guerra, que Holanda ha sido invadida por los alemanes y que nosotros somos judíos?

ANA 2: *(Poniéndose de pie.)* Ya sé, ya sé... Y a los judíos se nos ha prohibido viajar en auto, en tranvía, en bicicleta, ir al teatro, al cine...

SRA. FRANK: ¡No hables así, Ana!

ANA 2: ...salir a la calle después de las ocho de la noche, etcétera, etcétera... ¿Y todo por qué...? Porque somos judíos... Y a los judíos nos han echado la culpa de todo lo malo que pasa en el mundo. ¿Olvidé algo?

SRA. FRANK: ¡No es gracioso, Ana! Hay soldados alemanes por todos lados. Ahora vamos, tu padre nos está esperando. Es hora de irnos.

ANA 2: ¿A dónde...?

SRA. FRANK: Ya lo vas a saber. *(La Sra. Frank hace un breve gesto y ella comprende)*

ANA 2: ¿Pero, y la escuela...? ¿Y mis amigas?

SRA. FRANK: Lo siento, hoy no vas a la escuela.

ANA 2: ¿Pero, por qué no?

SRA. FRANK: Vamos. *(Ana hala la bicicleta y forcejea con su madre que la obliga a dejarla tirada.)* ¡Te dije que dejes esa bicicleta, Ana!

Luz sobre Ana 1.

ANA 1: Recordarás que hace unos días, papá me empezó a hablar del tema de la clandestinidad. Dijo que no sería fácil tener que vivir de una manera totalmente diferente a la que llevábamos hasta ahora y separados del mundo...Pero, yo todavía no entendía lo que estaba pasando.

Caminando del brazo por una plaza

ANA 2: *(A su papá)* ¿Por qué me estás hablando de eso? No entiendo.

SR. FRANK: *(Deteniéndose)* Sé que estás enterada de que, desde hace unos días, hemos estado llevando ciertas cosas a casa de algunos amigos.

ANA 2: Es verdad, pero nunca me has dicho por qué.

SR. FRANK: Es lo que te quiero explicar. Nuestra situación es cada vez más difícil. Si no actuamos a tiempo, los alemanes se adueñarán de todo lo nuestro y llegará un momento en el que vendrán por nosotros. Por eso hemos tomado la decisión de marcharnos.

ANA 2: ¡Marcharnos...! ¿A dónde, papá?

SR. FRANK: Por el momento prefiero no decírtelo.

ANA 2: ¿Y puedo saber cuándo?

SR. FRANK: Eso tampoco lo sé. Lo importante es estar preparados. Así que, por ahora, sigue disfrutando.

Luz sobre Ana 1.

ANA 1: ¡Por ahora! ¿Qué significa "por ahora"? Algo me decía que las cosas iban a cambiar drásticamente en mi vida y deseé con todo mi corazón que no se hiciera realidad...

Bajo el árbol de flores amarillas

Un parque en plena primavera, árboles cargados de flores amarillas, ambiente tranquilo y alegre, varios grupos de personas conversan, sonríen. Los señores Frank sentados al fondo observan a sus hijas mientras Ana y Margot corren y juegan por todo el espacio. Entra un soldado nazi. El ambiente se torna tenso. El soldado observa a Margot y lentamente se acerca a ella. Margot le rehúye, camina apresurada, mientras que el militar la acecha. El resto de las personas, incluidos sus padres se van sumando poco a poco a la marcha desorientada de Margot, como si fueran atraídos por ella. Ana 2 la sigue asustada.

ANA 1: *(Llamándola)* ¡Margot, Margot! ¿Qué pasa Margot? ¡Margot! ¿Qué está pasando? ¿Qué quiere él? Margot, escúchame.

El soldado persigue a Margot insistentemente hasta alcanzarla, le entrega una carta. Todos se detienen abruptamente. Al mismo tiempo empiezan a caer estrellas amarillas del cielo. Algunos, los judíos en este caso, se agachan a recogerlas, se levantan lentamente y se colocan la estrella en el pecho, frente a la mirada asustada de los demás que se van apartando de ellos. La familia Frank se reagrupa y emprende el camino a casa.

En casa de los Frank

SRA. FRANK: ¡Tenemos que irnos ahora mismo!

Todos empiezan a empacar cosas apresuradamente al mismo tiempo que se colocan diversas prendas de vestir sobre las que ya traen puestas.

ANA 2: ¡Pero Mamá! ¿Por qué tiene que ser hoy?

SRA. FRANK: Porque tu hermana Margot acaba de recibir una citación de la SS para que se presente mañana. Van a trasladarla a Alemania.

Entra Margot, Ana se arroja en sus brazos.

ANA 2: ¡No, Margot, no! ¡Eso no puede pasar!

MARGOT: Claro que no, tontita. Por supuesto que no va a pasar.

ANA 2: ¿Entonces, qué vamos a hacer?

MARGOT: Ya te lo dijo papá, nos vamos a esconder.

ANA 2: ¿Pero dónde...? ¿Por qué nadie me dice nada?

SRA. FRANK: Paciencia, Ana. Ya lo sabrás en su debido momento. *(Le toma su mano)* Vamos.

Ana intenta meter su cuaderno en el bolso de su madre.

SRA. FRANK: ¡No, no, no! Eso se queda, Ana. No hay lugar para más cosas.

ANA: No lo voy a dejar.

SRA. FRANK: Te dije que solo lo indispensable. No se puede llevar.

SR. FRANK: Vamos, Edith. Déjala. Así podrá escribir nuestras memorias. *(Le guiña un ojo a Ana)*

SRA. FRANK: *(A Margot)* A ver, ¿qué es eso?

MARGOT: Nada, mamá, es solo un libro.

SRA. FRANK: *(Leyendo)* "Medicina prenatal" Llegarás a ser una buena enfermera. *(Se lo devuelve)*

MARGOT: Ahí viene Miep.

MIEP: Disculpen el retraso. Vine lo más rápido que pude.

SR. FRANK: No se preocupe, ya casi estamos listos..

SRA. FRANK: ¡Un momento! *(Le arregla el vestido a Margot)* Así está mejor.

ANA 2: Parecemos pingüinos con toda esta ropa encima.

SR. FRANK: Bien. Es hora de irnos. Miep, usted se va con Margot para evitar sospechas. Nos vemos allá.

MARGOT: Pero mamá, tengo miedo.

SRA. FRANK: Lo siento Margot, pero es más seguro

MIEP: Vamos, Margot. Todo va a estar bien.

MARGOT: *(Luego de mirar a sus padres)* De acuerdo... Vamos.

SRA. FRANK: *(Le da un beso a Margot)* Cuídense en el camino.

Margot y Miep se pierden por un lateral.

SR. FRANK: *(Al resto de la familia)* Bien, andando.

Luz sobre Ana 1.

ANA 1: Era una mañana lluviosa; la gente que nos encontrábamos de paso nos miraba con cierta curiosidad, sin sospechar siquiera que lo que estábamos a punto de hacer, era entrar en la clandestinidad. La estrategia era muy simple. Papá tenía una pequeña empresa de mermeladas llamada Opekta que como consecuencia de las crecientes restricciones antijudías, tuvo que entregar en administración a sus antiguos empleados, quienes, afortunadamente, siguieron siendo leales a él. Ubicada en un edificio de cuatro plantas, en pleno centro de la ciudad, las oficinas ocultaban en la parte trasera una casa más chica que pasaba totalmente desapercibida para cualquiera que no la conociera. Era allí donde, junto con la familia del antiguo socio de mi padre, el Sr. Van Pels, nos íbamos a esconder.

Jude
Jude

A LA ENTRADA DEL EDIFICIO

La Sra. Frank, Margot y Miep cruzan la puerta. Ana se detiene.

ANA 2: ¿Es aquí? ¿En la fábrica?

SR. FRANK: Así es.

ANA 2: ¿Cuánto tiempo estaremos aquí, papá?

SR. FRANK: Hasta que termine la guerra, y ojalá sea pronto. Pero, tranquila, estoy seguro de que no existe otro escondite mejor que este. *(Tomándola de la mano y mirándola a la cara)* ¿Y sabes qué...? Compartirás habitación con Margot y podrás decorarla a tu gusto. ¿Qué te parece?

ANA 2: ¿Y los Van Pels?

SR. FRANK: Aún tienen asuntos por resolver, pero ya vendrán. ¿Vamos...?

ANA 2: Vamos.

Ingresan los dos y tras ellos se cierra la puerta.

Oscuridad.

EN LA CASA ESCONDIDA

La totalidad de la casa se hace visible. Hay mucha actividad de la familia poniendo en orden las cosas que están acumuladas en cajas y maletas.

Luz sobre Ana 1.

-ANA 1: Al llegar a la casa nos esperaban nuestros amigos para darnos la bienvenida y, de paso, ponernos en conocimiento de las normas de seguridad que debíamos seguir con estricto rigor a partir de ese momento.

Las normas de la casa escondida

JAN: Quiero advertirles, recordarles, remarcarles que en las bodegas de abajo y en las oficinas de enfrente, hay personal laborando de lunes a viernes, de ocho de la mañana a seis de la tarde.

KLEIMAN: Recomendamos caminar con suavidad, ojalá en medias.

BEP: Durante las jornadas de trabajo del personal, no se debe escuchar ni un solo ruido.

JAN: Tampoco abrir la llave del agua y muchos menos vaciar el servicio sanitario. Los tubos de desagüe atraviesan todo el edificio.

MIEP: Toda basura debe ser quemada en el momento y hora indicados.

BEP: Las bombillas deben estar protegidas con pantallas para evitar destellos a través de las ventanas.

KLEIMAN: Queda prohibido asomarse por ellas.

MIEP: Nosotros les mantendremos informados de lo que está pasando en las calles.

JAN: Por cierto, las noticias no son buenas. A muchos de sus amigos los están enviando a Westerbork, un campo de concentración para judíos en la Provincia de Drente. Es inhumano el trato que les dan.

MIEP: A raíz de estos acontecimientos, los Van Pels se han visto obligados a adelantar su ingreso a la Casa de Atrás.

Luz sobre Ana 1.

ANA 1: Tratando de hacer el menor ruido posible, trabajamos sin descanso durante todo el día; movimos cajas, colchones, sillas, mesas; pusimos cortinas en todas las ventanas; subimos los alimentos a la buhardilla y al terminar la tarde, estábamos literalmente exhaustos. Ahora solo faltaba que llegaran los Van Pels.

Llegada de los Van Pels

La puerta que da hacia las oficinas, se abre de golpe. Entran los Van Pels.

BEP: Pasen, por favor, pasen. Tengan cuidado, no se vayan a golpear.

SRA. VAN PELS: ¡Madre mía! Pensé que jamás llegaríamos.

SR. FRANK:¡Qué gusto tan grande tenerlos con nosotros!

SR. VAN PELS: El placer es nuestro.

SRA. FRANK: Bienvenidos a la Casa Escondida.

SR. VAN PELS: ¡La Casa Escondida! *(Risas)* ¡Excelente nombre, la felicito!

SR. FRANK: La invención fue de Ana.

SRA. VAN PELS: ¿Ana..? ¿Quién es Ana?

SR. VAN PELS: ¡La hija menor de los Frank! *(Señalándolas)* Ana y Margot, ya te había hablado de ellas.

SRA. VAN PELS: Por supuesto, querido. ¿No pensarás que lo olvidé? *(Se acerca a ellas)* ¡Pero, si son unas princesas! *(Les da palmaditas en las mejillas)* Y este joven tan apuesto que tenemos aquí, es mi Peter.

SR. VAN PELS: ¿Pero, qué estás haciendo ahí sentado...? ¡Arriba! ¡Saluda como un caballero!

PETER: Mucho gusto...

SRA. VAN PELS: Así está mejor.

SR. FRANK: ¡Querida Bep! ¡Pero, pase, ¡adelante! ¿Quiere desayunar con nosotros?

BEP: Se lo agradezco, Sr. Frank, hoy desayuné más temprano.

SR. FRANK: ¿Alguna novedad en el camino?

BEP: Ninguna, afortunadamente.

SRA. VAN PELS: Oh... Esta mujer es un ángel, sin su ayuda no sé cómo hubiera llegado hasta aquí, estaba muerta del susto.

SR. FRANK: Muchas gracias, Bep.

BEP: Por nada, Sr. Frank.

Jan, se asoma con un paquete de libros en la mano.

JAN: ¿Se puede...?

SRA. FRANK: ¡Jan!

SR. VAN PELS: ¡Pero, a quién tenemos aquí! ¡Nada más y nada menos que a otro de nuestros protectores!

JAN: Disculpen... solo quería aprovechar que los demás empleados aun no han llegado para darles la bienvenida.

SRA. VAN PELS: ¡Oh, qué amable de su parte!

JAN: Por cierto, traigo un encargo para Ana y Margot. (*Entrega los libros en manos de Ana)*

SR. VAN PELS: ¡Lectoras...! Mira, Peter, deberías aprender de ellas.

BEP: *(Mirando su reloj)* Disculpen, ya debemos retirarnos. Esperamos que esta situación no sea por mucho tiempo.

SR. VAN PELS: Es usted muy amable, señorita Bep.

JAN: ¡Casi lo olvido! Necesito las tarjetas de racionamiento de todos. Las vamos a necesitar allá afuera para solicitar algunos alimentos.

SR. FRANK: Aquí están las nuestras.

SR. VAN PELS: Y las nuestras.

JAN: Muchas gracias. Y no olviden hacer silencio a partir de las ocho y media. Hasta pronto.

Salen.

SRA. VAN PELS: ¿Podemos confiar en ellos?

SR. FRANK: Absolutamente.

SRA. FRANK: No se preocupe, mi querida amiga, todo está perfectamente planeado.

SRA. PELS: ¿Y mi...? ¡Oh, por Dios! ¿Quién puso mi caja de sombreros sobre la mesa! ¡Qué vergüenza, Peter!

PETER: ¿Qué tiene de malo? ¡Solo es una caja y un sombrero!

SRA. VAN PELS: ¡Que no es ningún sombrero, tonto! ¡Es mi bacinilla! No podría vivir tranquila sin ella.

La enseña.

Una flota de aviones que cruza el espacio, hace que todos enmudezcan.

Luz sobre Ana 1.

ANA 1: Al cabo de unos días, las cosas marchaban tan maravillosamente bien que éramos como una sola familia. Incluso llegamos a olvidar que estábamos en guerra. Pero la guerra no se olvidaba de nosotros. ¡Me angustiaba mucho pensar en un encierro prolongado, pero aún más que nos descubrieran! Tendría que sacar fuerzas para resistir.

La propuesta

Sentado en la banca de un parque, se encuentra el Sr. Fritz Pfeffer. Tiene una Estrella de David cosida a sus ropas. Se le ve distraído, pensativo. Jan sale de un costado, se acerca a Fritz y se sienta a su lado.

JAN: Bonito día.

PFEFFER: ¡Jan...! ¿Y su cordal...?

JAN: Ah... ya está comenzado a salir. Se lo agradezco. (Pausa) ¿Y su familia?

PFEFFER: Mi hijo se fue a Londres. ¿Lo sabía?

JAN: ¿Y su esposa se fue con él... supongo?

PFEFFER: Le insistí que se fuera, pero dice que no me quiere dejar solo. Bueno, al menos ella no corre peligro como yo. Es cristiana...

JAN: ¿Y qué piensa hacer?

PFEFFER: ¿Hacer...? ¿Qué puede hacer un judío como yo hoy en día? ¿Ha visto cómo están las cosas? No, Jan. Ya no hay nada que nos salve. Parece como si el mundo entero y hasta Dios mismo, se hubiera olvidado de nosotros.

JAN: ¿Y si le ofreciera una alternativa... ?

Pfeffer mira a los ojos a Jan intentando saber a qué se refiere.

PFEFFER: Lo escucho.

JAN: Pero, aquí no. Caminemos un poco.

PFEFFER: De acuerdo.

Se levantan y caminan.

Salen.

La cena

SRA. FRANK: ¡Ana! ¿Qué estás esperando para sentarte? ¡La comida se va a enfriar!

Ana 2 se sienta.

SR. FRANK: Muy bien. Ahora que estamos reunidos, quiero aprovechar la ocasión para comunicarles que, en vista de que la situación afuera es cada vez más complicada para nuestros hermanos judíos, el Sr. Van Pels y yo...

SR. VAN PELS: Hermann...

SR. FRANK: Perdón... Hermann y yo hemos tomado la decisión de traer a alguien más de la comunidad a vivir con nosotros.

SR. VAN PELS: Ya hemos hablado con nuestros protectores y ellos están de acuerdo.

SR. FRANK: Y no solo eso, también nos han sugerido un par de nombres.

SR. VAN PELS: Y ya hemos elegido a alguien.

SRA. FRANK: ¡Un momento, un momento, un momento! ¿Qué ustedes dos qué...?

SR. VAN PELS: Hemos elegido a alguien más de la comunidad para que venga a vivir con nosotros.

SRA. VAN PELS: Ajá... ¿Y ya se preguntaron si los demás estamos de acuerdo...?

SRA. FRANK: Porque es lo mínimo que pudieron haber hecho: preguntarnos.

SR. VAN PELS: Debo entender, entonces, que ustedes dos están en desacuerdo con nosotros. ¿Es así?

Ocurre una discusión muy rápido en donde las Sras. Frank y Van Pels, poniéndose de pie, discuten acaloradamente con el Sr. Van Pels. Hablan prácticamente a la vez.

SRA. FRANK: ¡No, no, no!

SRA. VAN PELS: ¡No hemos dicho eso!

SR. VAN PELS: ¿Ah, no?

SRA.FRANK: ¡No nos mal interpreten!

SR. VAN PELS: ¡Pero, si es lo que acaban de decir!

El Sr. Frank detiene la discusión.

SR. FRANK: ¡Por favor...! ¡Por favor! ¡Les pido que se calmen! ¡Así no podemos hablar! ¡Por favor...!

Vuelven a sentarse con disgusto.

SR. FRANK: Acepto que debimos haberlo consultado con ustedes y les pido disculpas. Pero también entiendan que cada minuto que pasa es cuestión de vida o muerte para muchos de nuestros hermanos, y si alguno de ustedes estuviera allá fuera, estoy seguro que rogaría por tener la oportunidad de ocultarse en un lugar como este.

Breve silencio.

PETER: Y bien... ¿De quién se trata?

SR. VAN PELS: Del señor Fritz Pfeffer.

ANA 2: ¡Fritz Pfeffer...! ¿Quién es él!

MARGOT: ¡El dentista, Ana!

ANA 2: ¡Ah, el dentista! Ya lo recuerdo.

SRA. VAN PELS: ¡Espero que no venga con las manos vacías!

SR. VAN PELS: ¡Augusta, por favor!

ANA 2: No sabía que se llamara así.

PETER: ¿Mi mamá?

ANA 2: No, el dentista.

SRA. FRANK: ¿Y por qué tendrías que saberlo? Solo eres una niña.

Ana, incómoda, suelta los cubiertos sobre el plato.

SRA. VAN PELS: *(A Ana)* ¿Y eso fue todo...? ¡No puedo creer que ya terminaste! Vamos, voy a servirte un poco más de comida.

ANA 2: No quiero comer más.

SRA. VAN PELS: ¡Claro que vas a comer más! ¡Estás demasiado delgada! ¿No te han dicho tus padres que debes alimentarte bien? Mira todo lo que tenemos aquí: lechuga, zanahoria, remolacha... ¡Vamos, come! ¡Necesitas subir de peso!

SR. FRANK: Señora Van Pels... Ana ya dijo que no quiere comer más. De todos modos, le agradezco su interés.

Breve silencio.

SRA. VAN PELS: *(Se pone de pie)* Ustedes me perdonarán, pero Ana no está siendo bien educada y si yo fuera su madre, ya le hubiera enseñado, no solo a alimentarse bien sino a comportarse como corresponde.

SR FRANK: No dudo que sea así. Lo que aún no entiendo, es por qué, si usted come poco, quiere obligar Ana a comer hasta que se reviente. (Señala el plato de la Sra. Van Pels)

SRA.VAN PELS: Bueno... porque... porque...

PETER: ¡Ya, mamá! ¡Siéntate!

SRA. VAN PELS: ¡No me siento porque no me da la gana! *(A su esposo)* ¿No vas a decir nada?

SR. VAN PELS: ¿Qué quieres que diga? Otto tiene razón. Vamos, siéntate.

SRA. VAN PELS: ¡Eres un idiota! *(Arroja la servilleta en la mesa. Camina y se detiene)* Ah, y por cierto, querida Ana, sería bueno ir quitando tus estrellitas de cine de la pared... no creo que al señor Pfeffer le gusten demasiado esas niñerías.

Se aleja con aire victorioso.

ANA 2: No comprendo... ¿Qué quiso decir con eso?

SR. FRANK: No le hagas caso, lo dijo por decir.

MARGOT: A propósito, ¿dónde va a dormir el Señor Pfeffer...?

El Sr. Frank y el Sr. Van Pels se miran.

SR. VAN PELS: Con nosotros no, obviamente; y con Peter menos. Ahí no hay lugar para acomodarlo.

ANA 2: ¿Y si no es ahí, entonces dónde?

Breve silencio.

SRA. FRANK: Me cuesta admitirlo, pero me temo que la Sra. Van Pels tiene razón

ANA 2: ¿Qué quieres decir con eso, mamá?

SRA. FRANK: Lo mejor es que Margot se venga al cuarto con nosotros.

ANA 2: ¿Y yo...? *(Silencio)* ¿Me estás diciendo que tendré que compartir mi habitación con el dentista ese... como se llame...?

SR. VAN PELS: *(Con la boca llena)* ¡Fritz Pfeffer!

SRA. FRANK: Ana, es que no hay otra solución.

ANA 2: ¡Era de esperarse que la idea fuera tuya! ¡Papá jamás haría una cosa así!

SRA. FRANK: ¿Por qué siempre estás pensando que todo lo malo que te pasa tiene que ver conmigo?

ANA 2: ¡Porque es verdad! ¡Ni siquiera te interesa saber nada de lo que pienso! ¡Yo no existo! ¡Solo existe Margot!

MARGOT: ¡No es justo! ¡Eso no es verdad!

Ana sale corriendo a la buhardilla.

SR. FRANK: ¡Ana, espera...!

SRA. FRANK: Deja... ya se le pasará.

SR. VAN PELS: ¿Puedo comerme el plato de Ana...? Digo... si nadie más quiere.

A través de la ventana

Ana trata de secarse las lágrimas con la manga de su vestido. Peter sale de la oscuridad.

PETER: Si yo fuera Ana, no les daría el gusto de verme llorando.

ANA 2: Perdón, no sabía que estabas aquí. *(Toma el pañuelo que le ofrece Peter)* Gracias.

PETER: No es fácil entender a los adultos. Ellos creen que lo saben todo.

ANA 2: Papá es diferente.

PETER: En eso estamos de acuerdo, es el único de esta casa que tiene los pies bien puestos sobre la tierra.

ANA 2: ¿Te puedo preguntar algo?

PETER: Adelante.

ANA 2: ¿Por qué siempre te escondes en este lugar?

PETER: ¡Todos nos escondemos!

ANA 2: Bueno, sí... pero lo tuyo es distinto. Pasas muchas horas a solas, como si algunos te repugnáramos.

PETER: ¡Quién dice eso! Me gusta estar a solas, eso es todo. Además, yo no me escondo aquí: me refugio.

ANA 2: No comprendo.

PETER: ¿Ves esta ventana? Si no existiera, ya me hubiera vuelto loco.

ANA 2: ¿Qué tiene de especial?

PETER: Hace más soportable el encierro. Mirar a través de ella, aunque sea a escondidas, me permite saber que el mundo sigue ahí, igual que siempre, con sus días y sus noches... el mismo viejo árbol mecido por el viento; la lluvia, el sol, las estrellas. Me agrada ver que todo está en su lugar esperando a que podamos salir de este encierro algún día.

ANA 2: Papá escuchó por la radio que los aliados han avanzado muchísimo estas últimas semanas. De seguir así, tal vez la guerra acabe antes de lo esperado.

PETER: No lo creo. Papá y mamá hacen apuestas pensando que ya se acerca el final y nunca aciertan.

ANA 2: Tal vez sea más fácil que nosotros acertemos en saber la distancia que existe de la tierra a la luna.

PETER: Trescientos ochenta mil kilómetros.

ANA 2: Trescientos ochenta mil cuatrocientos tres, para ser exactos.

SRA. FRANK: *(Llamando)* ¡Ana! ¿Estás ahí? *(Ana no responde)* ¡Ana...!

PETER: *(Conciliador)* Anda, respóndele.

ANA 2: ¿Qué pasa?

SRA. FRANK: Baja ya, tienes que lavar los platos.

PETER: ¡Yo lo hago, Señora Frank!

ANA 2: Pero...

PETER: *(A Ana)* ¡Shss!

SRA. FRANK: ¡Gracias, Peter! ¡Es justo lo que se espera de un caballero! *(Se va)*

PETER: ¿Ves qué fácil?

ANA: Me encantaría mirar más por la ventana.

PETER: Mientras que nadie más lo sepa...

ANA 2: Prometido. *(Pausa)* Gracias.

PETER: No hay de qué.

Peter baja las escaleras.

Luz sobre Ana 1.

ANA 1: ¿Era este el Peter al que despreciabas, al que veías tan débil y tímido cuando entró por esa puerta? Definitivamente, no. Aprenderás a partir de hoy que, aunque solemos juzgar a los demás por lo que aparentan, a veces nos vemos sorprendidas cuando nos permiten acercamos y ver un poco más allá de la superficie. Yo misma soy un ejemplo de eso.

Oscuridad.

El octavo pasajero

En plena oscuridad, la puerta que da a las oficinas se abre e ingresa el Señor Pfeffer con su equipaje. Lo acompaña Miep con una bolsa de la que sobresalen algunos panes. De inmediato se escucha en perfecto hebreo, el coro...

TODOS: ¡Shulem Aleijem!

Se encienden las luces. Hay risas y aplausos contenidos.

PFEFFER: *(Muy sorprendido)* ¡Ustedes...! ¿Pero, no era que habían huido a Bélgica? Yo juraba que...

SR. FRANK: ¡Maravilloso! Eso quiere decir que nuestro plan funcionó al pie de la letra.

Risas.

SRA. FRANK: ¡Pero, pase adelante Fritz! ¡Esta en su casa!

SR. VAN PELS: ¿Qué esperas, Peter? Ayúdale al señor con sus cosas.

PFEFFER: Aún no salgo de mi asombro. Miep no me quiso adelantar nada.

MIEP: Le ruego que me perdone, pero tenemos que ser extremadamente cuidadosos.

SRA. VAN PELS: Me imagino que tiene hambre... Hemos preparado algo para su llegada.

-PFEFFER: Me apena mucho esta situación, con lo escasos que están los alimentos y ustedes...han sido muy buenos conmigo al aceptarme.

SR. VAN PELS: No diga tonterías, Fritz. Donde comen siete, comen ocho. Este es su hogar a partir de ahora.

PFEFFER: Gracias, muchas gracias... No saben lo afortunado que me siento. Afuera las cosas no están nada bien. No hay forma de escapar a la barbarie. Se llevan a familias enteras en los camiones. Escuchar a todos esos niños llorando en la oscuridad, es mucho peor que una pesadilla, porque no acaba, se repite una y otra vez. No hay nadie que se salve... todos marchan hacia la muerte sin compasión alguna.

Silencio.

SRA. FRANK: Pero, bueno... ¿Qué nos pasa...? Tenemos a un nuevo integrante en esta casa y no deberíamos... Vamos, pasemos a la mesa. Miep, usted también, por favor.

MIEP: Encantada. Aquí están los panes que me pidió.

SR. FRANK: A propósito, Fritz, tenemos que explicarle las normas que debemos seguir para evitar ser descubiertos.

SRA. VAN PELS: Vamos, Otto. Ya habrá tiempo para eso. El pobre debe estar muerto de hambre.

SR. PFEFFER: Se los agradezco. Pero preferiría descansar. ¿Hay algún lugar donde me pueda recostar?

MARGOT: Sí, claro. Por aquí, por favor.

Margot lo conduce a la habitación de Ana.

La culpa de estar vivas

Las dos Anas se reúnen en un mismo espacio.

ANA 1: Me sentía tan mal por todo lo que dijo el Sr. Pfeffer... No podía dejar de pensar que, mientras yo dormía tranquilamente, todas esas personas, judíos como nosotros, estaban allá afuera sufriendo.

ANA 2: ¿Y mis amigas...? ¿Qué va a pasar con ellas?

ANA 1: Pero, no tenía ningún sentido ponerse melancólica. Aunque queríamos ayudarles, no podíamos.

ANA 2: Tampoco debería sentirme mal por contar chistes o hacer bromas, porque, ¡la vida continúa!

ANA 1: ¡Ay, pero es que...! No podía dejar de sentir vergüenza cuando hablábamos de cosas intrascendentes, olvidándonos de todo el horror que estaban padeciendo millones de personas.

ANA 2: ¡No es justo!

ANA 1: ¡No era justo! Pero pasarse todo el día llorando tampoco era la solución.

ANA 2: Lo único que podíamos hacer era seguir resistiendo.

ANA 1: ¡No podíamos hacer más!

Oscuridad sobre ellas.

Lista de encargos

Por la puerta que da a la oficina, entra Jan cargando tres paquetes. Peter y Margot, que están cerca de la puerta, se acercan a ayudarle.

MARGOT: ¡Es Jan!

PETER: Permítame ayudarle.

MARGOT: *(Llamando)* ¡Mamá, llegó Jan con las cosas!

Se van acercando las señoras que vienen de la cocina con delantales puestos.

SRA. VAN PELS: ¡Qué alegría, Jan!

JAN: ¿Y los señores?

SRA. FRANK: Arreglando el problema del baño.

SR. VAN PELS: ¿Consiguió lo que le pedí?

JAN: ¡Todo! ¡No me faltó nada! *(Le entrega la bolsa)*

SR. VAN PELS:¡Es usted un encanto! ¡Muchas gracias! *(Sale)*

JAN: Con mucho gusto. *(Toma otra bolsa y se la ofrece a la Sra. Frank.)* Sra. Frank, aquí están los encargos de su familia.

SRA. FRANK: Muchas gracias. *(Va a recibir el paquete, pero Margot y Ana se le adelantan y toman la bolsa.)* ¡Niñas, por favor! ¡Más respeto!

MARGOT: ¡Perdón, mamá!

Se llevan el paquete y de camino empiezan a sacar cosas de su interior: ropa, libros, artículos personales, etc. Salen.

JAN: Y aquí tiene los víveres que me pidió. Algunas cosas comienzan a escasear pero, casi todo lo conseguí.

SRA. FRANK: Muchas gracias de nuevo. *(Se va con el paquete)*

PFEFFER: ¡Jan...!

JAN: ¡Fritz...! Perdón, no lo había visto.

PFEFFER: ¿Hay algo para mí?

JAN: ¡Ah, sí, claro! ¡Por poco y lo olvido! *(Saca una carta de alguno de sus bolsillos y se la entrega)* Es de su esposa. Me pide que le responda a la mayor brevedad.

Pfeffer, emocionado, le estampa un beso en la mejilla a Jan.

PFEFFER: Dele ese beso de mi parte la próxima vez que la vea.

Se va Jan.

Propiedad privada

Ana se dirige a su cuarto y al llegar, encuentra instalado al señor Pfeffer en su escritorio. Carraspea para tratar de llamar su atención.

PFEFFER: ¿Pasa algo?

ANA: Con todo respeto, señor Pfeffer, pero tiene más de tres horas de estar encerrado en el cuarto.

PFEFFER: Ajá... ¿Y qué...?

ANA 2: Es que también es mi cuarto y necesito el espacio porque tengo una cuota diaria de tareas por cumplir.

PFEFFER: Yo también. Además, ya acordamos que lo puedes usar mientras yo hago la siesta.

ANA: Es que no es suficiente, necesito más tiempo para estudiar, para escribir.

Se detiene y la mira burlón.

PFEFFER: ¡Escribir...! Es un bonito pasatiempo. Anda, vete a jugar. Tengo cosas importantes por hacer.

ANA 2: ¡Lo mío también es importante!

PFEFFER: ¡No más que lo mío!

ANA 2: ¡Como sea, pero eso no le da derecho a apropiarse del cuarto como si fuera suyo!

PFEFFER: ¡No puedo aceptar que me trates como a un ladrón!

ANA 2: ¡Tampoco es justo que me desplace de mi habitación sin siquiera consultarme! ¡Y no quiero que me mande a jugar afuera como si yo fuera una niña!

Entra el señor Frank abrigado con una bata de dormir.

SR. FRANK: ¡Podrían bajar la voz! Van a escucharnos en todo el vecindario y en menos de quince minutos vamos a tener a los soldados alemanes derribando la puerta.

ANA 2: Lo que pasa es que el señor Pfeffer...

SR. FRANK: *(Interrumpiéndola)* Ya lo escuché, no hace falta repetirlo.

PFEFFER: Bien, señor Frank. Dejo el asunto en sus manos.

SR. FRANK: Lo que propongo es simple: que Ana use el espacio tres tardes por semana. El resto del tiempo lo usará usted, señor Pfeffer. ¿Estamos de acuerdo?

PFEFFER: De acuerdo. *(Le estrecha la mano. El señor Frank sale del cuarto. Ana va tras él)*

ANA 2: ¡Por favor, papá! ¡No es justo! ¡Necesito más tiempo para hacer mis deberes, es mi cuarto!

SR. FRANK: ¡Es lo mejor que puedo hacer! No quiero más problemas con el señor Pfeffer.

ANA 2: Pero es que...

SR. FRANK: Y si vuelvo a escuchar una discusión más, tendré que quitarte tu cuaderno de apuntes.

Repentinamente se escuchan las voces de los señores Van Pels discutiendo.

SR. VAN PELS: *(En off)* ¡Estoy cansado de que me digas tantas estupideces!

SRA.VAN PELS: *(En off)* ¡Cierra la boca!

SR.VAN PELS: *(En off)* ¡Te digo que te calles!

SRA. VAN PELS: (En off) ¡Primero, cállate tú!

ANA: ¡Y a ellos...! ¿Por qué no les dices nada...!

SR. FRANK: Ya me escuchaste. Anda, vete a dormir. Ya es tarde.

Se va el Sr. Frank. Ana regresa a su cuarto. Los Srs. Van Pels terminan su discusión. La casa queda en silencio.

Olor a pólvora

La casa está en penumbra. Todos los ocupantes duermen, menos las dos Anas.

Ana 1, con una vela encendida, se sienta en la mesa del comedor a escribir.

Ana 2, entre tanto, toma una pequeña linterna y la enciende. Lentamente va enfocando a todos y cada uno de los inquilinos. Súbitamente, se escuchan aviones de guerra pasar y de inmediato se siente el fragor de bombas estallando. Se ven los destellos por las ventanas. Los ocho ocupantes despiertan sobresaltados e inquietos. Ana 2 corre a refugiarse al cuarto de sus padres. Peter corre a la buhardilla a mirar por la ventana. Fritz Pfeffer se encierra en el baño.

Luz sobre Ana 1.

ANA 1: La guerra había entrado en una fase de gran ferocidad. Los bombardeos se sucedían de manera constante y siempre que eso pasaba, corría a los brazos de papá.

ANA 2: ¡Cuándo terminará esto, papá! ¡Cuándo!

MARGOT: Tranquila, Ana. Ya va a pasar.

El señor Frank le susurra una canción para calmarla.

SR. VAN PELS: ¡Peter, aléjate inmediatamente de esa ventana!

PETER: ¡Ya voy!

SRA. VAN PELS: ¡Por Dios, Peter! ¡Baja de ahí! ¡Te va a caer una bomba encima y te va a matar!

SR. VAN PELS: ¡No seas tonta! ¡Si cae una bomba aquí, nos morimos todos!

SRA.VAN PELS: ¡Morirás tú, por imbécil! ¡Yo me voy! *(Se levanta)*

SR. VAN PELS: ¿A dónde vas?

SRA. VAN PELS: ¡A ocultarme en el baño!

SR. VAN PELS: ¡No sirve de nada! ¡Regresa!

La Señora Van Pels corre al baño, pero la puerta está trancada por dentro. Golpea con desespero. Desde adentro responde la voz de Pfeffer.

PFEFFER: ¡Está ocupado!

SRA. VAN PELS: ¿Pero, es que no hay otro lugar en esta casa dónde una se pueda resguardar?

PFEFFER: *(Saliendo del baño)* Adelante, es todo suyo.

La Sra. Van Pels amaga a entrar, pero salta hacia fuera frunciendo el ceño.

SRA. VAN PELS: ¡Qué horror! Prefiero morir dignamente en mi cama.

Cierra la puerta de golpe y corre asustada al lado de su marido.
Silencio y oscuridad.

La radio

Sobre la oscuridad, se escucha una música de la época. La luz sube y enfoca la radio. Un momento después la transmisión se interrumpe y se oye un boletín informativo. Lentamente los inquilinos se acercan a ella. Vienen con sus batas de dormir puestas, algunos traen una toalla para ducharse posteriormente.

VOZ DE LA RADIO: La Voz de la Resistencia. Boletín informativo de la mañana: El aeropuerto de Ámsterdam ha sido bombardeado la noche de ayer por comandos especiales de las fuerzas aliadas. Se sabe de múltiples bajas de soldados nazis, así como aviones pertenecientes a la Luftwaffe, de la fuerza aérea alemana que quedaron fuera de servicio a raíz de los graves daños causados por las detonaciones. Los aliados avanzan sin dar tregua a las fuerzas de defensa germanas. Más boletines en cualquier momento. Continúen en nuestra sintonía.

Música de la radio y aplausos espontáneos de todos.

Ana y Margot bailan felices.

SR.VAN PELS: ¡Se los dije! Esto va a terminar antes de lo previsto. *(Va apresurado a la parte de atrás)*

SRA. FRANK: ¡Dios lo quiera!

SRA. VAN PELS: ¡Bien merecido se lo tienen! Ahora sabrán lo que es sufrir la derrota.

SR. FRANK: Me apena llevarles la contraria, pero a esta guerra aún le faltan muchos días y muchas batallas.

Regresa el señor Van Pels, trayendo una botella de licor en la mano.

SR. VAN PELS: ¡Tonterías! ¡Vamos todos a brindar!

SRA. VAN PELS: ¿Qué estás haciendo?

SR. VAN PELS: ¡Vamos a celebrar!

SRA. VAN PELS: ¡Estás loco!

SR. VAN PELS: ¿Por qué no? ¡Hay motivos para hacerlo!

SRA. VAN PELS: ¡A las siete de la mañana!

SR. VAN PELS: ¿Y eso a quién le importa, mujer?

SRA. VAN PELS: ¡A mí!

Le arrebata la botella y se va. El Sr. Van Pels va tras ella.

SR. VAN PELS: ¿Qué estás haciendo? ¡Devuélveme la botella!

SRA. VAN PELS: ¡Cuando termine la guerra!

Salen

La familia Frank y Fritz Pfeffer no pueden disimular la risa.

Baño dominical

ANA 1: A pesar de las buenas noticias, seguía siendo un domingo como cualquier otro. Bueno... los domingos, afortunadamente, eran los únicos días de la semana en que podíamos buscar un lugar cómodo en la casa donde bañarnos con total tranquilidad, incluso hasta podíamos usar las oficinas a nuestro placer. El tiempo pasaba y pasaba sin detenerse, ya teníamos más de un año de estar encerrados...o escondidos, que, para el caso, iba siendo la misma cosa. Sin embargo, aquel domingo no fue un día normal para mí, marcó el inicio de una nueva etapa en mi vida... lo supe mientras me bañaba.

Ubicados en distintos puntos y de manera separada, una luz tenue ilumina a cada uno de los integrantes haciendo su aseo personal de forma discreta.

De manera alterna, vemos el movimiento de la vida al exterior. Los peatones caminan tranquilamente por la calle. Miep viene en bicicleta y por evitar chocar contra un soldado de la SS que se cruza en su camino, termina por perder el equilibrio y cae. Las cosas que llevaba en la canasta ruedan por el suelo. Las recoge apresuradamente sin ayuda de nadie más, se sube de nuevo y retoma su camino.

Oscuridad sobre los integrantes de la casa. Ana 1 sale envuelta en su toalla de baño y llora. Se le acerca a Margot.

MARGOT: ¡Ana! ¿Qué te pasa?

ANA 2: ¡Pasó...!

MARGOT: ¡No te entiendo...! ¿Qué fue lo que pasó...?

ANA 2: ¡Ya, pasó...!

MARGOT: *(Empezando a comprender)* ¿Te llegó...?

Ana asiente con la cabeza y luego llora arrojándose en brazos de Margot.

MARGOT: ¡Ana, es maravilloso! ¡Ya eres una mujer!

ANA 2: ¡Es horrible!

Llora con más fuerza y se refugia de nuevo en brazos de Margot que no para de sonreír conmovida por su hermana.

ANA 2: ¡Prométeme que no se lo vas a contar nadie!

MARGOT: ¡Tranquila, Ana! Nadie más lo va a saber. Te lo prometo.

De atrás, viene muy emocionada la Sra. Frank y abraza a Ana.

SRA. FRANK: ¡Oh, por Dios, Ana! ¡No lo puedo creer!

ANA 2: *(Asombrada)* ¡Mamá! ¿Cómo lo supiste...?

SRA. FRANK: La señora Van Pels me lo contó.

La Sra. Van Pels guarda distancia y mira. Saluda con la mano mientras sonríe.

ANA 1: ¡Pero, qué es esto! ¡Aquí ni siquiera respetan mi privacidad!

SRA. VAN PELS: Ay, no exageres, Ana. Estamos entre mujeres.

SRA. FRANK: Ana. Hay algunas cosas que ya debes saber.

MARGOT: Mamá, déjanos solas, por favor.

Margot se lleva a Ana aparte y desaparecen.

Luz sobre Ana 1.

ANA 1: A pesar de la confusión que me generó la situación, las palabras de ellas me serenaron y me llenaron de confianza. Lo que no dejaba de preguntarme, era si a partir de ahora, dejarían de tratarme como a la niña que fui. Solo el tiempo lo diría. Mientras tanto, la atención se centró en un problema que nos generó preocupación a todos: los alimentos comenzaban a escasear.

Escasez de alimentos

Por la puerta de la oficina entran Jan y Miep. Jan carga con un gran paquete de papas. Los ocho ocupantes de la casa van a su encuentro.

SR. FRANK: ¿Cómo están las cosas afuera?

MIEP: ¡Difícil, muy difícil! ¡Va a ser muy importante que, a partir de ahora, hagan un uso restringido de los alimentos!

SRA. FRANK: ¿Pero, pudieron conseguir algo más? ¿Pan, por lo menos...?

MIEP: En estos momentos no hay harina por ninguna parte, encontrar pan es un lujo.

JAN: Las frutas y verduras aún se consiguen pero cuestan una fortuna.

MIEP: Las carnes y el pescado están por las nubes, es imposible comprarlas.

SRA. VAN PELS: ¿Y entonces, qué vamos a comer?

JAN: Lo único que hemos podido conseguir por ahora son estas papas.

SR. VAN PELS: ¡Solo papas!

JAN: La buena noticia es que, a este paso, hasta yo voy a terminar bajando de peso.

MIEP: La mala, es que vamos a necesitar más dinero.

SRA. VAN PELS: ¡Dinero! Pero, si ya nosotros les hemos dado todo lo que teníamos. ¡Nosotros no tenemos nada más!

SR. VAN PELS: No, pero aún hay algo que podemos hacer. *(Camina rápido hacia su habitación. La Sra. Van Pels va tras él)*

-SRA. VAN PELS: ¡Espera! ¿A dónde vas? ¿Qué piensas hacer?

Salen.

El Sr. Pfeffer se acerca. Se quita su reloj de pulsera y se los da.

PFEFFER: Yo tampoco tengo más dinero, pero me queda este reloj. Es muy fino, no se dejen engañar. Pueden pedir una buena suma por él.

La Sra. Frank se desprende de su sortija de matrimonio.

SRA. FRANK: Fue el anillo de bodas de mi abuela, y luego de mi madre...

El Sr. Frank entrega su anillo y luego saca unas monedas.

SR. FRANK: Eso, más estas monedas, son lo único que nos queda.

Los Sres. Van Pels se acercan. Él trae un paquete en la mano.

SRA. VAN PELS: ¡No, eso no! ¡Te lo suplico!

SR. VAN PELS: ¿Y qué quieres que hagamos con él: comérnoslo?

SRA: VAN PELS: ¡No lo hagas por favor!

SR. VAN PELS: ¿Pero, no lo entiendes? ¡Todos debemos sacrificar algo o nos vamos a morir de hambre!

SRA. VAN PELS: ¡Eres un insensible! *(Se aleja)*

SR. VAN PELS: *(Entregando el paquete)* Calculo que vendiendo esto, tendremos comida para unas semanas más, por lo menos.

SRA. FRANK: Y esperemos que esta guerra acabe pronto, porque si no, no sé qué más podemos hacer...

MIEP: Disculpen, tenemos que regresar, la calle está cada vez más peligrosa.

JAN: No olviden guardar silencio. Hasta pronto.

Se van Miep y Jan. Los demás miran las papas sobre la mesa.

-SRA. FRANK: Bueno, bueno, señores. No nos echemos a morir... por lo menos tenemos algo que comer.

-SR. VAN PELS: Yo, tal vez, podría preparar un pastel de papa.

-SR. FRANK: ¿Y qué tal un puré... de papa?

-PFEFFER: Yo podría hacer una deliciosa ensalada... de papa.

Regresa la Sra. Van Pels.

-SRA.VAN PELS: ¿Y por qué, mejor, no nos ayudan a preparar la comida para el Hanukkah? ¡Vamos, vamos! ¡Todos a trabajar!

En silencio, los hombres se ponen a pelar papas.

-ANA 1: Ahora solo teníamos papas y más papas. En otra ocasión fueron frijoles, luego alverjas, y así sucesivamente hasta llegar a aborrecerlas. Era agobiante, es verdad, pero, aunque nos quejáramos, entendíamos que situaciones como esta, eran poco comparado con lo que pasaba allá afuera. Así que callábamos y comíamos, nos gustara o no.

Flechazo al corazón

Los adultos han desaparecido. Sentados frente a la mesa, están Peter, Ana y Margot. Cada uno está concentrado sobre un libro diferente. Se nota que tienen varias horas de estar así. Al fondo se escucha a bajo volumen música en la radio.

ANA 2: Lo que soy yo, paro aquí. Ni un libro más.

MARGOT: Yo también. Ya hoy hicimos prácticas de matemática, inglés, francés...

ANA 2: Leí sobre Grecia Antigua, el Imperio Romano, Carlos V, Alejandro Magno... no sé qué más podríamos hacer.

MARGOT: Humm... creo que falta algo.

ANA 2: ¿Qué cosa?

MARGOT: La práctica de mecanografía.

ANA 2: ¡Es cierto! ¡Casi lo olvidamos! ¿Y podemos hacerlo hoy?

PETER: *(Sin apartar los ojos del libro)* Hoy es domingo, no hay nadie en las oficinas.

ANA 2: Es verdad. Peter, ¿quieres venir...?

PETER: Háganlo ustedes. Quiero terminar de leer este libro.

MARGOT: De acuerdo.

Ana y Margot pasan al espacio de las oficinas a través de la puerta secreta. Sobre los escritorios hay dos máquinas de escribir previamente preparadas con una hoja en blanco. Se sientan frente a ellas.

ANA: ¿Lista?

MARGOT: ¡Lista!

ANA: ¡Ya!

Comienzan a escribir como dos expertas secretarias. El sonido de las teclas golpeando se acompasa con una música de fondo que suena a través de la radio encendida. Repentinamente, la música cambia a una pieza más alegre, tipo swing.

ANA 2: ¡Escucha eso! ¡Vamos a bailar!

Ana y Margot sueltan sus máquinas de escribir y se lanzan a bailar alegremente. Peter, que ya no puede concentrarse, cierra el libro y se pone de pie. Entra al espacio en donde bailan Ana y Margot.

ANA 2: Ven, Peter. Baila con nosotras.

PETER: ¡No..., no...! ¡Esa música está prohibida!

ANA 2: ¡Peter...! *(Lo toma de la mano y lo hala)*

PETER: ¡No, por favor!

MARGOT: ¡Claro que sí! *(Lo toma de la otra mano y lo obliga a moverse)*

PETER: ¡Tengo que terminar de leer!

ANA 2: ¡Baila, Peter, baila!

Peter termina por ceder y baila con ellas. En un momento determinado, Ana lo toma para sí misma y deja por fuera a Margot que, aún sin saber, espera su turno. Repentinamente la música cambia a una más romántica y Peter y Ana se abrazan más juntos ignorándola por completo. La luz se va cerrando sobre ellos. Margot, se aleja lentamente y se pierde en la oscuridad. Unos segundos después, cruzan sus miradas y se detienen. La música continúa. Se besan apasionadamente. La luz va descendiendo, la música continúa en la oscuridad.

Luz sobre Ana 1.

ANA 1: Sentí que volaba, que era invisible, intangible, inmune a cualquier mal. Ya no me importaban los avatares de la guerra, ni las peleas con mamá, ni mi malestar con los demás habitantes de la Casa Escondida. Porque si esto era el amor, quería estar enamorada las veinticuatro horas del día. ¡Ay, Peter, Peter! ¿Por qué no te conocí antes?

Hanukkah

Se escucha el rumor de un canto. La luz va subiendo y se puede ver a las mujeres de la casa adornando la mesa para la celebración. Van colocando el mantel, servilletas de tela, la menorá con cuatro velas apagadas. Sobre un plato unas pocas tortas de papa. Por la puerta de entrada ingresan Miep, Bep, Jan y Kleiman; traen algunas cosas como flores, refrescos, paquetes con libros, etc. Sobre la mesa hay varias kipás.

Hay un aire festivo. Se dan rápidamente los saludos de rigor y el Sr. Frank toma la palabra.

SR. FRANK: ¡Vamos a comenzar! Acérquense a la mesa, por favor...!

Se reparten las kipás entre los hombres, incluyendo a Kleiman y a Jan.

SR. FRANK: Primero que todo, queremos agradecer a Miep, a Bep, al señor Kleiman y a Jan, por acompañarnos en esta ocasión tan especial.

SRA. FRANK: Y por todo lo que han hecho por nosotros durante este tiempo que hemos estados aquí. Muchas gracias.

KLEIMAN: Muchas gracias a ustedes por invitarnos.

SR. FRANK: Con mucho gusto. Y bueno, tal vez ya ustedes lo sepan, pero lo que vamos a celebrar ahora se llama el Hanukkah. ¿Comenzamos?

ANA 2: Tal vez Peter quiera hacer la bendición...

PETER: Está bien.

Con mucho respeto, los hombres se ponen la kipá mientras que Peter enciende la vela guía y hace la oración.

PETER: *¡Baruj atá, Adonai, Eloheinu, mélel haolam...*

Se interrumpe brevemente al escuchar una ráfaga de disparos a mediana distancia que se mezcla de seguido con una alarma antiaérea. Peter no le da mucha importancia y continúa.

PETER: *...asher kidshanu bemitzvotv vetzivanu lehadlik ner shel Januca!*

TODOS: ¡Amén!

La Sra. Van Pels, emocionada, le da un beso a Peter que no puede evitar sonrojarse. Ana y él se miran a hurtadillas.

Mientras los demás entonan el Ma'oz Tzur, rotan la vela guía y van encendiendo las luminarias en el orden acostumbrado.

Ma-oz Tzur Y'shu-a-ti Le-cha Na-eh L'sha-bei-ach
Ti-kon Beit T'fi-la-ti V'sham To-da N'za-bei-ach
L'eit Ta-chin Mat-bei-ach Mi-tzar Ha-m-na-bei-ach
Az Eg-mor B'shir Miz-mor Cha-nu-kat Ha-miz-bei-ach.

Aplausos y abrazos. Gran jolgorio. Se arman grupitos de conversación.

JAN: *(Señalando las tortas de papa)* ¿Y esas cositas que están ahí... cómo se llaman?

MARGOT: Se llaman latkes.

JAN: *(Que no entiende bien)* ¿Lat.. qué?

MARGOT: ¡Latkes, latkes! Son tradicionales en esta fiesta.

JAN: Ah... ¿Y esos latkes, se pueden comer?

SRA. FRANK: ¡Adelante! ¡Coma, coma!

JAN: Gracias.

El Señor Kleiman, con una cámara fotográfica, se separa de los demás para fotografiarlos.

KLEIMAN: Vamos a tomar una foto.

Todos, de forma rápida, se agrupan frente a la cámara y sonríen posando para la foto.

KLEIMAN: ¿Listos...? Uno... dos...

Súbitamente el estallido de una potente bomba sacude todo el edificio y la luz de la casa parpadea a punto de interrumpirse. De la parte superior de la casa caen escombros. Algunos se han refugiado bajo la mesa. Otros tosen a causa del polvo que cae sobre ellos. El estallido los ha dejado aturdidos. Poco a poco se van recuperando.

SR. FRANK: ¿Todos están bien...?

BEP: Sí, sí... Ya pasó, ya pasó... Mejor nos vamos.

Jan, Kleiman, Bep y Miep recogen sus cosas rápidamente y van saliendo en medio del caos en que quedan los que residen en la casa.

La luz baja lentamente.

Estrellas en El firmamento

Ana y Peter, abrazados y en silencio, miran las estrellas a través de la ventana.

ANA 2: Peter...

PETER: Sí...

ANA 2: ¿Crees en el destino?

PETER: ¿Por qué lo preguntas?

ANA 2: Porque los antiguos griegos veían en las estrellas una manera de entender el destino de cada uno. Incluso llegaron a creer que algunas estrellas caían al mar y morían mientras que las demás permanecían visibles en el cielo eternamente.

PETER: ¿Y a cuál tipo de estrella crees que pertenecemos nosotros?

ANA 2: No sé, dímelo tú.

PETER: Mira aquella... *(Señalando con el dedo)* ¿La ves?

ANA 2: ¡Peter...! Ahí hay como cinco mil.

PETER: De acuerdo. Escoge una... cualquiera. La que más te guste. ¡Vamos!

ANA: *(Mira un momento y luego señala)* ¡Esa!

PETER: Perfecto. Ahora dime. ¿La luz que emite es fija o tiene destellos?

ANA 2: *(Observa un segundo)* Es fija.

PETER: Entonces, esa estrella eres tú. Ahí está tu destino.

ANA 2: ¿Cómo lo sabes?

PETER: Porque brilla con luz propia y permanecerá visible por mucho tiempo.

Breve pausa.

ANA 2: Quiero ser escritora.

PETER: Entonces serás escritora.

ANA 2: ¿Cómo lo sabes?

PETER: Lo dice tu estrella. ¿Lo ves...? *(Señala)* La señorita Frank: escritora.

ANA 2: ¡Peter...! ¡No te burles de mí!

PETER: No me estoy burlando, es verdad. Yo también puedo leer el destino.

ANA 2: Como los antiguos griegos.

PETER: Yo soy un antiguo griego.

ANA 2: ¡Petrus Van Pedópulos!

PETER: ¡Qué dijiste!

Ana se ríe.

ANA 2: ¡Perdón, perdón! ¡No era eso lo que quería decir!

PETER: Pero ya lo dijiste. Repítelo.

ANA 2: ¡No!

PETER: ¡Repítelo, quiero oírlo!

ANA 2: ¡No, no lo voy a repetir!

PETER: ¡Petrus Van Pedópulos! ¿Fue eso, verdad?

Ana no puede parar de reír. Abajo se escucha la voz de la Sra. Frank.

SRA. FRANK: ¡Ana, vete a dormir ya! ¡Es muy tarde!

Peter y Ana se esfuerzan por no reír.

ANA 2: ¡Ya voy, mamá! *(A Peter)* Me tengo que ir.

PETER: ¿Y el beso...?

ANA 2: ¡No...! ¿Qué te pasa?

PETER: Me lo merezco. Por lo de... ¡Petrus Van Pedópulos!

ANA 2: De acuerdo, cierra los ojos.

Peter cierra los ojos y Ana, en vez de darle un beso le da una cachetada.

PETER: ¡Ana! ¡Eso no se vale!

ANA 2: ¡Por atrevido!

PETER: ¿Quién dice?

ANA 2: *(Señalando)* ¡La estrella!

Peter voltea a mirar hacia la ventana y Ana aprovecha y le da un beso en la mejilla. Escapa escaleras abajo.

PETER: ¡Tramposa!

ANA 2: ¡Hasta mañana, Petrus Van Pedópulos!

PETER: ¡Hasta mañana, escritora!

Oscuridad.

El cuaderno de la discordia

La luz se abre lentamente sobre los que están alrededor de la radio: Pfeffer, el Sr. Van Pels y el Sr. Frank. El sonido se va incrementando y se escucha la voz del locutor.

VOZ DE LA RADIO: ...y mientras que Hungría ha sido ocupada por tropas alemanas, en Stalingrado, tras meses de duros combates y bajas que se contabilizan en más de dos millones de personas, podemos confirmar que el Ejército Rojo ha conseguido expulsar a los germanos de la ciudad.

Se escucha una cortina musical en la radio mientras comentan.

SR. VAN PELS: ¡Se los dije! ¡El final de esta guerra está más cerca que nunca!

PFEFFER: ¿Pero no oyeron que Hungría también acaba de ser invadida?

SR. FRANK: De acuerdo, pero de lo que no cabe duda es que esta victoria de los rusos empieza a inclinar la balanza a favor de los aliados.

Termina la cortina musical.

VOZ DE LA RADIO: Continuamos con las noticias. Desde Londres, Inglaterra, el ministro de Educación de Holanda, Gerrit Bolkestein, actualmente en el exilio, ha convocado a los holandeses que hayan escrito diarios o cartas alusivas a la guerra para que los conserven. Según palabras del funcionario, la intención es publicarlos una vez haya finalizado el conflicto. Más noticias en media hora. Continúen en nuestra sintonía.

SR. FRANK: ¡Esa es otra gran noticia!

PFEFFER: ¿Por qué?

SR. FRANK: ¡Por los cuadernos de Ana! ¡Seguro que los van a querer publicar!

Pfeffer y el Sr. Van Pels se miran con terror.

PFEFFER: Perdonen... voy al baño un segundo.

Desde la puerta le hace señas al Sr. Van Pels a espaldas del Sr. Frank.

SR. VAN PELS: Creo que yo también voy al baño.

Salen ambos de la oficina y de camino se encuentran con la Sra. Van Pels a quien le cuentan en secreto que Ana va a publicar su obra.

Los tres suben apresurados hacia el cuarto de Ana 2, a quien vemos dormida sobre su escritorio con el cuaderno abierto.

Un instante después entran los tres de manera atropellada y se abalanzan sobre sus cuadernos y hojas que tiene sobre el escritorio y empiezan a leer. Ana 2 despierta sobresaltada y observa sin entender.

ANA 2: ¡Oigan! ¿Qué les pasa? ¡Devuélvanme mis cosas!

SRA. VAN PELS: ¡Si te vas a convertir en una celebridad no será a costa de nosotros!

ANA 2: ¿De qué está hablando?

SR. VAN PELS: Acaban de anunciar por la radio que después de la guerra van a publicar algunas obras autobiográficas.

ANA 2: No entiendo.

SRA. VAN PELS: ¡Cosas escritas durante la guerra! ¡Cómo tus cuadernos...!

PFEFFER: Aquí hay algo sobre mí. *(Leyendo en un cuaderno)*

ANA 2: ¡Deme eso! *(Se lo arrebata)* ¿Y quién dice que yo quiero publicar mis notas?

SR. VAN PELS: Tu papá.

ANA 2: ¿Mi papá dijo eso?

SRA. VAN PELS: Así que, por las dudas, yo quiero saber qué dices de mí.

SR. VAN PELS: Y de mí.

PFEFFER: ¡Yo no quiero aparecer ahí! ¡No quiero ser el hazmerreír de nadie!

ANA 2: ¿Pero, se han vuelto locos? Yo nunca me he burlado de ustedes.

SRA. VAN PELS: *(Con otro cuaderno en la mano)* Quiero ver si es verdad.

ANA 2: *(Arrebatándolo)* ¡Que lo suelte, le digo! ¡No sean irrespetuosos!

Entra el Sr. Frank.

SR. FRANK: ¡Señores...! ¡Señores...! ¿Podrían calmarse, por favor...? Ana, tú también.

ANA 2: ¡Papá, es que no entiendo de que me están hablando!

SR. VAN PELS: ¡Ja! Ahora resulta que la niña sabelotodo, no sabe nada.

PFEFFER: Queremos saber si está pensando en publicar estos cuadernos.

ANA 2: ¿Y qué, si lo quiero hacer? Son mis notas y yo tengo libertad para escribir lo que se me antoje.

SRA. VAN PELS: ¡Con nuestros nombres, jamás!

SR. FRANK: Un momento, por favor. Les pido a todos un poco de calma.

SR. VAN PELS: No saldré de aquí hasta no saber qué va a pasar con todo lo que dice sobre nosotros.

SRA. VAN PELS: Yo tampoco.

SR. FRANK: Escuchen, escuchen todos... *(Breve pausa)* Aclaremos una cosa: yo nunca dije que se iba a publicar... eso no lo sabemos, es solo una posibilidad. Lo segundo: Ana tiene razón, son sus notas y por lo tanto, tiene todo el derecho a escribir en ellas lo que quiera sobre nosotros.

Breve pausa.

PFEFFER: Pensándolo bien, yo creo que el Sr. Frank tiene razón. Sí... me parece que estamos exagerando un poco. Además, estoy seguro de que lo que escribe ahí, no son más que chiquilladas. *(Sale)*

SR. VAN PELS: Completamente de acuerdo. Si esta niña no se entretuviera escribiendo, ya nos hubiera enloquecido a todos aquí adentro. *(Sale)*

SRA. VAN PELS: Y espero que esté bien escrito, porque si no, te van a poner unas orejas de burro... *(Sale)*

ANA 2: ¿Por qué nadie me toma en serio en esta casa?

SR. FRANK: Yo te tomo en serio.

ANA 2: Eres el único. *(Lo abraza)*

SR. FRANK: No solo yo, tu mamá también. Deberías darle la oportunidad de acercarse más. Siempre pones una barrera entre las dos.

-ANA 2: No soy yo, es ella la que no me quiere entender.

-SR. FRANK: Entonces haz un esfuerzo por entenderla a ella. *(Ana agacha la cabeza consternada)* Bueno... ¿y qué piensas hacer con tus cuadernos? Yo creo que no deberías perder esta oportunidad.

ANA 2:Es que están todos rayados y llenos de borrones... tendría que escribirlos de nuevo

SR. FRANK: ¡Y qué importa! Aquí tienes todo el tiempo del mundo para eso.

ANA 2: De acuerdo, voy a hacerlo. ¡Prometido!

El Sr. Frank la abraza.

SR. FRANK: Muy bien. *(Camina para salir y se detiene)* ¡Ah...! ¡Y ponles orejas de burro a los tres!

Sale.

Dos Anas

Ana 1 y Ana 2 se reúnen.

ANA 2: ¿Por qué será que todos quieren que yo los entienda a ellos? ¿Habrá alguien en esta casa que me quiera entender a mí?

ANA 1: ¿Alguien que se quiera poner en mis zapatos a ver si de una vez por todas me comprenden y me dejan en paz?

ANA 2: ¡Es que no entienden que yo soy mucho más que la Ana charlatana y superficial que todos conocen...!

ANA 1: ¡Mucho más que la Ana que brinca y patalea como una fiera enjaulada, batallando contra todos en este encierro que me tiene harta, cansada, agotada!

ANA 2: ¿Es que no saben que hay otra Ana en mí que lucha en secreto por preservar mis ideales?

ANA 1: ¿Mis sueños, mis ilusiones, mis esperanzas...?

Se miran durante un momento.

ANA 1: Pero, no, no debería... Por ahora, prefiero que no lo sepan. Con solo dar la cara me derrumbaría y sería... ¡tan bochornoso!

ANA 2: ¿Te imaginas lo que pasaría si llegaran a saber lo que pienso de ellos?

ANA 1: ¿O si llegaran a meter las narices en los cuadernos y descubrieran que existe otra Ana?

ANA 2: ¡Algunos sufrirían un desmayo al ver las cosas que digo ahí!

ANA 1: Será mejor no forzarlo por ahora. Ya llegará el momento en que me empiecen a ver de otra manera y todo será distinto.

ANA 2: Mientras tanto, seguiré siendo la que todos creen que soy...

ANA 1: Una niña llamada Ana.

ANA 2: Debería hablar con mamá. Espero que esta vez nos podamos entender mejor.

Se escucha la voz del Sr. Frank desde su cuarto.

SR. FRANK: ¡Ana, vete a dormir! ¡Ya es muy tarde!

ANA 2: ¡Está bien, papá! ¡Hasta mañana!

SR. FRANK: ¡Hasta mañana!

ANA 2: ¡Hasta mañana, mamá!

La Sra. Frank tarda un poco en responder. Ana se queda a la expectativa.

SRA. FRANK: ¡Hasta mañana, que descanses!

Ana sonríe. Luego va a su cuarto y se acuesta en su cama.

Oscuridad.

Ladrones en la oficina

La casa permanece en silencio bajo la penumbra de la noche. Todos duermen. Dos hombres, con mucho sigilo, han ingresado en la oficina alumbrándose con linternas. Dan una rápida mirada, abren los cajones del escritorio buscando en su interior y en su desespero, empiezan a tirar cosas por el suelo. En la casa todos se despiertan sobresaltados. Uno de los ladrones toma una máquina de escribir y se la lleva mientras que el otro continúa en la búsqueda.

ANA 2: ¡Papá! ¿Qué es eso?

SRA. VAN PELS: ¡Ay, Dios! ¡Hay alguien abajo!

SR. FRANK: ¡Tranquilos, tranquilos!

MARGOT: Parece que es en la oficina.

SR. VAN PELS: ¡Por favor, guarden silencio!

PFEFFER: ¡Que nadie encienda la luz!

Salen de sus habitaciones y se reúnen rápidamente frente a la puerta.

Algunos vienen vestidos con pijamas y otros cubiertos con una bata de dormir. Hablan en voz baja pero con mucha desesperación. Pfeffer y Peter pegan su oído a la puerta. El ladrón que salió regresa por la otra máquina y se la lleva.

SRA. FRANK: ¿Qué vamos a hacer, Otto?

MARGOT: ¿Y si son ladrones...?

SRA. VAN PELS: ¡Ladrones! ¡Ay, Dios mío!

PFEFFER: ¡Shsss! ¡No dejan escuchar nada!

SR. FRANK: ¡Cálmense, por favor! Lo importante es que no se den cuenta de que estamos aquí. ¿Comprendido?

Uno de los ladrones tropieza y una silla cae al suelo aparatosamente. Las mujeres ahogan un grito asustadas.

SRA. FRANK: ¡Van a entrar!

En ese momento, el Sr. Van Pels, que ha corrido hacia su cuarto unos segundos antes, regresa con un tablón sacado de alguna de las camas y lo descarga con fuerza contra el piso produciendo un sonido muy similar al de un disparo. Las mujeres de nuevo, gritan de manera contenida, mientras que los ladrones huyen atropelladamente, llevándose la radio que ya tenían entre manos. Peter y Pfeffer vuelven a aplicar su oído contra la puerta después del susto.

PETER: No se oye nada.

PFEFFER: Parece que ya se fueron.

SRA. VAN PELS: ¡Gracias a Dios!

PFEFFER: *(Al Sr. Van Pels, reclamando)*: ¿Por qué hizo eso?

SR. VAN PELS: ¿Y qué quería...? ¿Que entraran y nos descubrieran a todos aquí encerrados?

PFEFEER: ¡Pero, si ya estaban a punto de irse!

SR. VAN PELS: ¿Es que no escuchó que estaban intentando abrir la puerta?

PFEFFER: ¡Sí, pero gracias a eso ahora ya saben que estamos aquí!

SR. FRANK: ¡Caballeros, por favor...! Conservemos la calma. Yo creo que Hermann hizo lo correcto. Eso sonó como a un disparo, y un disparo puede venir de cualquier parte. Y más si estamos en guerra. ¿No les parece?

Peter y Pfeffer han abierto la puerta que da a la oficina y han tenido tiempo de mirar en su interior.

PETER: Se llevaron las máquinas de escribir.

PFEFFER: Y la radio. ¿Y ahora qué vamos a hacer?

Silencio.

SRA. FRANK: Esto no está bien. ¡Esto no está nada bien!

Un aire de desolación se siente entre todos.

SRA. VAN PELS: *(A la Sra. Frank)* Vamos, querida, hagamos un poco de té para calmar los nervios. Presiento que esta va a ser una noche muy larga.

Oscuridad sobre el grupo familiar.

Luz sobre Ana 1.

ANA 1: Nuestro desconcierto era total. Hasta aquí habíamos contado con la mejor de las suertes, pero la carta que nos estábamos jugando era demasiado riesgosa y el tiempo operaba en contra nuestra. Afuera se había desatado una verdadera cacería para encontrar a los judíos escondidos y todo hacía pensar que, si no acababa pronto la guerra, nuestro final podría ser otro muy distinto al que esperábamos. Las noticias que nos trajo Miep, aquella misma mañana, así lo confirmaban.

Noticias de última hora

A la mañana de ese mismo día, los ocho inquilinos, aún vestidos como la noche anterior, escuchan desde distintos lugares a Miep que está sentada al centro de la mesa.

MIEP: Trataré de ser muy concisa. Lo de anoche, no fue una simple casualidad. Allá afuera la gente está desesperada; hay hambre y miseria por todas partes; muchos no tienen más remedio que salir a robar para tener algo que comer. (Pausa) Pero, eso no es lo que más me preocupa en este momento.

SR. FRANK: ¿Qué pasa, Miep?

MIEP: Hay una citación para Jan.

Se sorprenden todos.

TODOS: ¡Qué...! ¿Pero, cómo? ¿Por qué?

MIEP: Desconozco la razón. Solo espero que no sea para enviarlo a trabajar a algún campo de concentración.

PFEFFER: ¿Y habrá alguna manera de ayudarle...?

MIEP: Es lo que más deseo en este momento. Ahora mismo me está esperando afuera. Voy a ir con él a tratar de solucionarlo antes de que sea demasiado tarde. Con permiso...

Se levanta.

-SRA. VAN PELS: ¡Espere...! Perdone la pregunta, pero ¿usted cree que hay algún riesgo de que nos delate?

SR. VAN PELS: ¡Augusta, por favor..!

SRA. VAN PELS: ¿Y qué tiene de malo preguntar?

MIEP: Voy a responderle, señora. Conozco a Jan y sé que no haría algo así, como tampoco lo haríamos ninguno de nosotros. Durante dos años hemos arriesgado nuestras vidas para salvarlos a ustedes... No, no vamos a delatarlos. Y siendo sincera, los que más me preocupan son algunos empleados de la oficina.

SRA. VAN PELS: No comprendo.

MIEP: Para mí es claro que algunos de ellos han empezado a sospechar que aquí arriba se oculta alguien.

SR. FRANK: ¿Cómo lo sabe?

MIEP: Porque los he visto hablar entre sí en voz baja y estoy segura que hablan de eso.

Silencio.

SRA. VAN PELS: ¿Y si intentáramos escapar...?

SR. VAN PELS: ¿A qué le llamas escapar? ¿Crees que es fácil salir de aquí sin ser vistos?

SRA. VAN PELS: No sé... se me ocurre que tal vez durante la madrugada y... luego buscar algún modo de cruzar la frontera.

MIEP: Olvídenlo. Nada se mueve ahí afuera sin que sea controlado por los nazis. Además, si alguien los reconoce, lo que es muy probable, tengan por seguro que los van a denunciar. Y en todo caso, ¿vale la pena intentar algo así cuando la guerra está a punto de terminar?

SRA. FRANK: ¿A qué se refiere?

MIEP: ¡Qué tonta...! Con tantas cosas había olvidado decirles... *(Saca de su bolso unos panfletos)* Estos panfletos están por toda la ciudad. ¡Los aliados han desembarcado en Normandía! ¡La invasión ha comenzado! ¡La guerra está por terminar!

TODOS: ¡Qué! ¡Cómo!

Les entrega los panfletos y se los van pasando de mando en mano.

Hay una gran emoción de todos los inquilinos. Se abrazan unos a otros. Algunos lloran de alegría.

SRA. VAN PELS: ¡Al fin!

MARGOT: ¡Qué emoción!

Peter y Ana se abrazan.

SR. VAN PELS: ¡Yo sabía que algo bueno estaba a punto de ocurrir!

La luz decrece con todos leyendo los panfletos.

La detención

La luz se incrementa sobre Miep que sigue atendiendo el teléfono en la oficina. De la oscuridad sale Jan que se acerca a ella con las manos en alto seguido de cerca por un oficial de la SD alemana que le apunta a sus espaldas con una pistola. Miep, que solo los ve cuando los tiene prácticamente al frente, deja caer la bocina asustada y se queda petrificada mirando la cara del oficial alemán.

OFICIAL: ¿Cuál es la puerta? *(Jan no responde)* ¡Responda! ¿Cuál es la puerta? *(Jan, luego de mirar a Miep, señala tímidamente hacia la biblioteca)* ¡Ábrala! (Jan no se mueve. Apuntándole a la cabeza) ¡Ahora!

Jan gira la biblioteca y luego abre la puerta que da al escondite.

OFICIAL: ¡Adentro!

Obliga a Jan y a Miep a entrar por la puerta.

Del otro lado, los ocho inquilinos siguen distraídos haciendo sus deberes cotidianos y, cuando ven a Miep y a Jan entrar, se quedan un poco desconcertados hasta que ven aparecer al oficial por la puerta con la pistola en la mano.

SRA. FRANK: ¡Oh, por Dios!

OFICIAL: ¡Judíos...! ¡Están todos arrestados!

Lentamente todos van levantando las manos.

La luz desciende.

Oscuridad.

Camino a la muerte

La luz sube lentamente y se ve un tren detenido en una estación con su máquina encendida. Las familias Frank y Van Pels, junto con Fritz Pfeffer caminan delante de los vagones vestidos con ropas harapientas de presidiarios y con las Estrellas de David visibles sobre ellas.

El Oficial de la SD que los conduce los obliga a caminar más rápido.

Un instante después la locomotora empieza a moverse y el tren parte.

Los ocho detenidos asoman sus rostros por las estrechas rendijas de ventilación de los vagones mientras el tren parte de la estación.

La locomotora atraviesa la campiña, las altas montañas, los valles extensos. Cruza puentes sobre los ríos.

Luz sobre Ana 1.

ANA 1: Expresar lo que sentíamos no era fácil. Sabíamos que viajábamos en el tren de la muerte, el mismo tren que había llevado a cientos, a miles, a millones de judíos como nosotros hacia su destino final, sin que ninguno pudiera alzar la voz ni defenderse. Apretujados en aquellos vagones como reses que van al matadero, éramos testigos y protagonistas de la más atroz de las barbaries de que tenga recuerdo la humanidad que, para este momento, había perdido lo poco de humano que aún le quedaba. ¿A dónde se fue la razón? ¿A qué oscuro pozo se arrojaron aquellos nobles sentimientos que nos diferenciaban de las bestias? ¿No éramos acaso, más salvajes y crueles cuando poníamos la razón y el entendimiento al servicio de la infamia; cuando exterminábamos sin compasión a otros seres humanos, bajo pretextos de grandeza que no se apegaban al más básico de los principios: el respeto por los demás? Y, aun así, cercana al final y en medio de la

más terrible oscuridad, a mis quince años, conservaba una luz de esperanza en el futuro de la humanidad.

Finalmente, el tren arriba a la estación de Auschwitz y se detiene.

Los ocho del escondite bajan del tren. Se les ve nerviosos, desconcertados, agotados física y emocionalmente por el largo e inhumano traslado al que se les ha sometido.

Luces enceguecedoras los encandilan. Escuchan órdenes en alemán. Llantos lejanos y cercanos. Ladridos feroces de perros y el sonido mismo de la locomotora que aún no se apaga.

El grupo se coloca bajo un círculo de luz que los delimita.

El oficial regresa.

OFICIAL: ¡Sepárense! ¡Hombres a la derecha, mujeres a la izquierda! ¡Rápido!

TODOS: ¡No! ¡Por favor! ¡No!

Se aferran unos a otros. El oficial intenta separarlos y al no poder, saca la pistola y les apunta amenazándolos.

OFICIAL: ¡Que se separen, maldita sea!

El Sr. Frank, el Sr. Van Pels, Peter y Fritz Pfeffer, se separan con dificultad de las manos de las mujeres que intentan retenerlos. Se ubican bajo otro círculo de luz. El oficial empuja aparte al Sr. Frank y lo saca fuera de escena. Unos pocos segundos después, la luz se va extinguiendo a pesar de los sollozos desesperados de las cuatro mujeres. Literalmente, la oscuridad se los traga.

OFICIAL: ¡Ahora las señoras! ¡Sepárense!

Se repite la escena anterior.

La Sra. Frank y la Sr. Van Pels son arrancadas de los brazos de Ana 2 y de Margot, y borradas un instante después por la oscuridad.

Las fuerzas de Margot empiezan a flaquear. Entran dos camas y Margot se desmaya sobre una de ellas.

Ana 2, trata de darle ánimos mientras la abraza.

ANA 2: ¡Margot, no, espera! ¡Seremos una! ¡Una, Margot! ¡No nos podrán separar! ¿Me escuchaste? ¡Ni el hambre, ni el frío, ni la enfermedad! ¡Ya los demás se han ido, Papá y Mamá y Peter y los demás, pero aún estamos nosotras juntas! ¡Lo lograremos! ¿Me escuchaste? *(Margot no reacciona)* ¡Margot! ¡No te vayas, por favor! ¡No me dejes sola! ¡Margot...! ¡Margot...!

La cama de Margot se aleja y con ella, su cuerpo sin vida.

Ana 2 se sostiene en pie junto a la cama. Algo muy profundo en ella se ha fracturado y su voluntad empieza a resquebrajarse.

Luz sobre Ana 1 que, para este momento, se balancea sobre un columpio a gran altura sobre el escenario.

ANA 1: ¡No, Ana, no! ¡Tú no! ¡Aguanta un poco! ¡No te dejes vencer! ¡Olvida el hambre, el dolor! ¡Olvida el sufrimiento!

ANA 2: Olvido el dolor... el sufrimiento...

Comienza a derrumbarse sobre la cama.

ANA 1: ¡De esa manera, no! ¿No me entiendes? ¡No te puedes dejar caer! ¡Si caes, ya no te levantarás más!

ANA 2: No me quiero levantar más... no vale la pena.

ANA 1: ¡Claro que vale la pena! ¡Haz un esfuerzo! ¡Uno más!

ANA 2: ¡Ya no más...! ¡No más...!

Ana 2, se desvanece muerta sobre la cama.

Ana 1, recogiendo del suelo el cuaderno que la ha acompañado, se remonta a lo alto sentada en su columpio y se pierde de vista.

Un haz de luz se enfoca sobre el cuerpo inmóvil de Ana 2.

Oscuridad.

Un agradecimiento especial a los actores Helena Baruch, Uri Izrael (primera fila de izquierda a derecha); Loreana Amón, Dalit Gateño, Lizzy Grynspan (segunda fila) de la comunidad judía de Costa Rica por su gran aporte al montaje de la obra "Una niña llamada Ana".

En medio de la más brutal persecución del régimen nazi contra millones de judíos durante la Segunda Guerra Mundial, la familia de Ana Frank y cuatro personas más se dieron a la tarea de ocultarse en un refugio clandestino en la ciudad de Ámsterdam, a la espera de que la guerra terminara y evitar así el horror de los campos de concentración al que fueron sometidos aquellos que tristemente no pudieron escapar. Ese es el contexto en el que se desarrolla la pieza dramática Una niña llamada Ana. La obra, que nos propone la coexistencia dos Anas, (la que nos muestra su lado más cotidiano, y la que se esconde y reflexiona consigo misma), alcanza una dimensión insospechada cuando nos deja ver ese ser poético que lucha incansablemente para no dejarse abatir por la realidad absurda de una guerra sin sentido.

Con su legado, Ana Frank nos recuerda que la responsabilidad de construir un mundo mejor en el que todos convivamos armónicamente en paz, sin distingos de raza, credo o nacionalidad, sigue estando en nuestras manos a la espera de que en un futuro cercano lo podamos alcanzar.

ISBN: 978-9968-49-266-9